

Plain and Parochial Sermons, VOL. IV, 11. Pág. 168 a 184.
Predicado en Oxford el 14 de mayo de 1837.

LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS

"Te darán gracias, Yahveh, todas tus obras, y tus Santos te bendecirán; ellos mostrarán la gloria de tu Reino y hablarán de tus proezas." (Ps.145, 10-11)

La gran promesa del Evangelio ha sido que el Señor del universo, hasta ahora manifestado a sus servidores externamente, iba a construir su morada en sus corazones. Este es, como pueden ver, el frecuente lenguaje de los Profetas, y ha sido el lenguaje de nuestro Salvador al venir a la tierra: "Yo lo amaré", dice refiriéndose a quien lo ama y obedece, "y me manifestaré a él... y pondremos en él nuestra morada" (Jn. 14, 21.23). Aunque vino en nuestra carne, para verlo y tocarlo, no bastó. Aún permanecía externo y separado. Luego de su Ascensión, de nuevo descendió, por y en su Espíritu, y así al fin la promesa se cumplió.

Debe realmente haber unión entre todas las creaturas y su Creador Todopoderoso, inclusive para su mismo existir. Pues se dijo: "En El vivimos, nos movemos y existimos", y en un Salmo: "Envías tu soplo y son creados." (Ps.104,30). Pero mucho más alto, más íntimo, más sagrado, es el Espíritu de Dios que inhabita en los corazones de su pueblo elegido; tan íntimo como para decir, en comparación, que no inhabita en el resto de la humanidad, pues su presencia se describe como privilegio característico de los siervos por El redimidos.

Desde el día de Pentecostés hasta ahora, ha sido su privilegio, según la promesa: "Yo pediré al Padre, y El les dará otro Consolador, que estará en vosotros *para siempre*". Para siempre, no como el Hijo del Hombre, que, acabada su obra de gracia, se fue. Entonces se dijo: "También el *Espíritu de Verdad*", o sea, aquél que vendría para siempre, vendría como Espíritu, y al venir de esta manera haría lo que la carne y sangre del Hijo del hombre, por naturaleza, no pudo hacer. Es decir, vino a las almas de todos los que creen, y tomando posesión de ellas, siendo El Uno, unió a todos en uno.

Cristo, al encarnarse, proveyó una unidad externa o patente, como la hubo bajo la Ley. Reunió a sus Apóstoles como sociedad visible, pero luego vino nuevamente en la persona de su Espíritu y unificó a todos en un sentido real, no sólo formal. Pues fueron dispuestos no ya sólo con la forma de una unidad, como podrían ser los miembros de un cadáver, sino que pasaron a ser partes y órganos de un único poder invisible, con el que realmente contaron, y fueron vástagos de lo que era Uno; sus personas individuales fueron asumidas en misteriosa unidad con las realidades invisibles, fueron gratificadas y asimiladas al cuerpo espiritual de Cristo, que es Uno, también por el Espíritu Santo, en quien Cristo vino de nuevo a nosotros. Así Cristo ha venido, no a unificarnos sino a morir por nosotros: fue el Espíritu quien vino para unirnos en El, que había muerto y estaba vivo, o sea para formar la Iglesia.

Es esta la especial gloria de la Iglesia cristiana: que sus miembros no dependan meramente de lo que es visible, que no sean meras piedras de un edificio, apiladas unas sobre otras y ligadas extrínsecamente, sino que todos y cada uno son el linaje y las manifestaciones del único y mismo invisible principio de poder, "piedras vivas", internamente conectadas, como las ramas de un árbol, no como las partes de una acumulación. Ellos son miembros del Cuerpo de Cristo.

Esta divina y adorable Forma, que los apóstoles vieron y palparon, después de ascender al cielo se convirtió en un principio de vida, un secreto origen de existencia para todo el que cree, mediante el ministerio de gracia del Espíritu Santo. Este es el Vino fructuoso y rico Olivo en y por el cual todos los Santos crecen, aunque por naturaleza sean salvajes y estériles, produciendo fruto para Dios. Entonces, puede decirse en un sentido real que desde el día de Pentecostés hasta ahora no hubo en la Iglesia sino un sólo y Único Santo, Rey de reyes, Señor de señores, en persona, quien existe en todos los fieles y por quien ellos son lo que son. Sus personas aisladas, no son sino manifestaciones parciales, canales, instrumentos y obras de Aquél que es invisible.

Esta es la diferencia de la Iglesia antes y después de venir el Espíritu de Cristo. Antes, los servidores de Dios eran como los resecos huesos de la visión del Profeta, ligados por profesión, no por principio interior; pero desde entonces, son como órganos de un alma invisible y rectora; las manos o lenguas o pies u ojos de una sola y misma Mente directriz; los tipos, signos, inicios y destellos del Hijo eterno de Dios. Por eso el texto, al hablar del Reino de Cristo, se explaya sobre la función especial de sus Santos: "Todas tus obras te alaban, oh Señor, y los Santos te dan gracias: muestran la gloria de tu reino y hablan de tu poder. Que los hombres conozcan tu poder, tu gloria y la grandeza de tu reino."

Esta es la Iglesia cristiana, un cuerpo *viviente y unitario*, no una mera estructura artificial dispuesta para mostrarse. Estar vivo es lo que da unidad; de estar muerto, se compondría de tantas partes como miembros. Pero el *Espíritu* viviente de Dios ha descendido sobre él en Pentecostés y lo ha hecho *uno* al darle *vida*.

En este gran día, en que conmemoramos la animación o vivificación de la Iglesia, el nacimiento de una criatura espiritual y nueva, más allá del mundo antiguo "tan bueno como muerto", es oportuno tratar sobre la naturaleza y atributos de la Iglesia, como se muestra en los elegidos: invisible, viva, una y espiritual, lo que también se llama doctrina de la Comunión de los Santos, entre sí y con la santa Trinidad en la que se produce la comunión. Y esto haré preferiblemente, pues la Comunión de los Santos es artículo del Credo, luego no es tema de valor secundario, duda o especulación.

La Iglesia, propiamente entendida, es la gran asamblea de los elegidos, que por libre gracia de Dios y su Espíritu, al obrar oportunamente, fueron separados de este mundo de pecado, regenerados y dotados de perseverancia hasta la eternidad. Visto desde la perspectiva de tratarse de personas *que* viven ahora en este mundo, se trata por supuesto de una asamblea visible; pero su más noble y verdadero carácter es ser un cuerpo invisible, o algo de esta índole, como construcción formada no sólo por los pocos que aún están en sus luchas, sino por los muchos que duermen en el Señor.

Al principio, durante la vida de los apóstoles, ciertamente una gran proporción del cuerpo entero estaba en este mundo, sin contar a los Santos que vivieron en la era judía y a quienes Cristo al partir hizo partícipes del privilegio obtenido por su muerte para *todos* los creyentes. San Esteban y Santiago el Mayor fueron los primeros Santos reconocidos en la Nueva Alianza, llamados para enriquecer la antigua compañía de Moisés, Elías y sus hermanos. Mas desde ese tiempo se expandió rápidamente, y al paso de los años devino mayor la proporción de la asamblea de los espíritus que han llegado a la perfección, formando parte de ese cuerpo militante que es su complemento en la nueva creación de Dios. Actualmente, los vivos somos una generación entre tantas, que desde su formación fue una recién nacida en su seno, y dotada

de vida espiritual y esperanza de gloria. Son muchos los Santos en el mundo invisible, sellados para la inmortalidad, como muchos son quienes ahora luchan en la tierra por llegar a ella; mas es cierto que las últimas generaciones tienen más Santos que las primitivas.

Bien puede la Iglesia ser llamada invisible, no sólo en lo tocante a su principio vital, sino a sus miembros. "Lo que nace del Espíritu es espíritu" y a partir de que Dios Espíritu Santo es invisible, lo es su obra. La Iglesia es invisible porque la mayoría de sus auténticos hijos fue perfeccionada y elevada, y porque los que aún están en la tierra no pueden ser vistos por ojos mortales. De haberlo querido Dios, pudo haber existido totalmente desprovista de signos visibles y ser total y absolutamente escondida para nosotros como lo es el Espíritu Santo, su Señor y Gobernador. Mas viendo que el Espíritu Santo es nuestra vida, y que para tener vida debemos acercarnos a El, por misericordia con nosotros, no está del todo oculta a nuestra vista como El en su morada, la Iglesia del Dios vivo.

En cambio, El nos dio ciertos signos externos como señales para conocer y medios para penetrar en ese santuario viviente en que vive. El habita en el corazón de sus Santos, en ese templo de piedras vivas, en la tierra y el cielo, que siempre muestra la gloria de su reino y enseña su poder. Mas como la fe, amor, gozo y paz no son visibles, como la multitud de su pueblo es su secreto propio, nos dio algo exterior como guía de lo interior, algo visible como guía de lo espiritual.

Ahora ¿cuál es esa guía externa visible, que posee la dispensación de lo invisible, sino el ministerio cristiano que nos dirige y conduce hacia el propio Santo de los Santos en que Cristo habita por su Espíritu? Como los mojones o boyas avisan al timonel, como la sombra en el cuadrante indica el curso del sol, así, si queremos ir por la vía de Cristo, retener su mirada y ocupar su atención, si queremos penetrar en la especial virtud y plenitud de su gracia, debemos unirnos a ese ministerio que cuando El ascendió a lo alto nos dejó como reliquia, y dejar caer de El, como el manto de Eliseo, la prenda y señal de su infalible gracia de edad en edad

"Dime, oh Tú a quien ama mi alma, adónde apacientas, adónde haces descansar el rebaño al mediodía; pues ¿porqué yo he de ser como quien va errante tras los rebaños de tus compañeros?" (Ct. 1,7.8). Así es la súplica del alma que busca a Cristo. Su respuesta es tan precisa como la pregunta. "Si no lo sabes ¡oh tú la más bella entre las mujeres! sigue las huellas de las ovejas y apacienta sus pequeños junto a las tiendas de los pastores." Fuera de la Iglesia no hay salvación; quiero decir: fuera de la gran asamblea invisible, de todos los incorporados en el único cuerpo místico de Cristo y vivificados por un Espíritu. Al adherir al ministerio visible que los apóstoles dejaron nos aproximamos a lo que no vemos, al Monte Sión, a la Jerusalén celestial, a los espíritus de los justos, a los primogénitos elegidos para la salvación, a los innumerables ángeles, a Jesús el Único Mediador, y a Dios.

Esta Jerusalén celeste es la verdadera Esposa de Cristo y virgen Madre de los Santos, y el ministerio visible sobre la tierra, los obispos y pastores, junto a los cristianos que dependen de ellos, en todo tiempo es denominada la Iglesia, aunque es sólo un fragmento, siendo como esa parte que se ve y puede ser señalada, que se le asemeja en tipo, que testimonia y lleva a ella. Este cuerpo *invisible* es la *verdadera* Iglesia, porque ella no cambia aunque siempre está creciendo.

Lo que posee, lo guarda y nunca lo pierde; mas lo visible es fugaz y transitorio, y continuamente se disipa en lo invisible. Lo visible está siempre muriendo para el aumento de la sociedad invisible, y siempre reproduciéndose a partir de la masa de humana corrupción, por virtud del Espíritu alojado en lo invisible y obrando en el mundo. Generación tras generación nació, fue probada, cribada, afirmada y perfeccionada. Una y otra vez los apóstoles viven en sus

sucesores, y sus sucesores por su parte están unidos a los apóstoles. Esta es la eficacia de esa gracia inacabable que Cristo ha instalado en su Iglesia, como un principio de vida y crecimiento, hasta que retorne. La respiración expirante de sus Santos no es sino la vivificación de almas muertas

Ahora podemos tener una noción más clara de la que se tiene comúnmente sobre la única Iglesia católica que está en todas partes. Propiamente no está en la tierra, salvo en cuanto se puede decir que el cielo está en la tierra o los muertos están aún con nosotros. No está en la tierra, salvo en el sentido en que Cristo o el Espíritu lo están. Me refiero a que no está local o visiblemente en la tierra. La Iglesia no está en tiempo o lugar, sino en la zona de los espíritus, está en el Espíritu Santo. Y así como el alma del hombre está en todo su cuerpo, no en una parte, aquí o allí, sino en la totalidad; no está en una parte, cabeza o corazón, manos o pies u otro lado, así la Jerusalén celestial, madre de nuestros recién nacidos, está simultáneamente en todas partes, completa y enteramente como un espíritu. En el este y oeste, en el norte y sur, o sea donde sus instrumentos externos estén.

El ministerio y los sacramentos, la presencia corporal de obispos y pueblo, se nos dan como claves y encantamientos por los que nos allegamos a la presencia de la gran asamblea de los Santos; ellos son tanto como ésta, pero no más; no son idénticos a tal asamblea, pues no son sino sus confines, sino los pórticos de la piscina de Bethesda, las entradas en lo que es indivisible y uno. El bautismo no admite en una mera sociedad visible, variando según el país en que se administra, romano aquí, griego allí, o inglés, sino *a través* del vestíbulo inglés, *o* del griego, *o* del romano, dentro de la única invisible compañía de las almas elegidas, independiente de tiempo y lugar, no teñida de las imperfecciones o errores de ese visible vestíbulo por el cual se produce la entrada. Y su eficacia reside en el influjo de la gracia de Dios en el alma alojada en ese cuerpo invisible al cual introduce, sin que resida, a ningún respecto, en el carácter personal de los que los administran o asisten.

Cuando un niño es traído para el bautismo, la Iglesia invisible clama, ruega a Dios por él, lo recibe, y como un instrumento de Dios, le extiende su propia santidad. Al alabar a Dios en la Santa Comunión, lo alabamos con los ángeles y los arcángeles, que son los guardianes, y con los santos, que son los ciudadanos de la Ciudad de Dios. Al ofrecer nuestro sacrificio de alabanza y acción de gracias, o participar de las sagradas especies ofrecidas, solemnemente comemos y bebemos del poder del mundo futuro. Al leer salmos, usamos ante muchos testigos las verdaderas palabras sobre las que ellos -me refiero a todas las sucesivas generaciones de esa santa asamblea- se sostuvieron en su tiempo, por miles de años, en su peregrinaje al cielo. Al profesar el Credo, no lo hacemos según una voluntad propia, un sentido arbitrario, sino frente a innumerables santos que saben lo que significan sus palabras y lo testimonia Dios, a despecho de la herejía o indiferencia de una u otra época. Al estar junto a sus tumbas, estamos en el verdadero vestíbulo de la morada que es "todo-gloriosa en su interior", llena de luz y pureza y de voces clamando: "Dios, ¿por cuánto tiempo?". Al orar privadamente, no estamos solos, otros "están reunidos" con nosotros "en el Nombre de Cristo" aunque no los veamos, con Cristo entre ellos. Yendo al ministro que El ha ordenado, nos acercamos a los escalones de su trono. Yendo a los obispos, centro de ese ministerio, ¿qué tenemos sino a los doce apóstoles presentes, aunque invisibles?. Al emplear el sagrado Nombre de Jesús o el signo dado a nosotros en el bautismo ¿qué hacemos sino desafiar a diablos y hombres malignos, ganando fuerzas para resistirlos? Dando testimonio, o al confesar, o sufrir en Nombre de Cristo ¿qué somos sino tipos y símbolos de la Cruz de Cristo y de la fuerza del que murió en ella? Llamados a la batalla por el Señor ¿qué somos nosotros, visibles, sino meros vigías, vanguardia de un poderoso ejército, de pocos y

despreciables, pero audaces más allá de nuestros números, puesto que defendidos por carros y caballos de fuego en torno a la Montaña del Señor de los Ejércitos bajo quien estamos?

Tal es la Ciudad de Dios, la Santa Católica Iglesia de un extremo al otro del mundo, en la que se manifiesta y por la cual actúa la que es llamada en cada país la Iglesia visible. Tal Iglesia visible realmente depende sólo de la invisible, no del poder civil, ni de príncipes o de ningún hijo de hombre, ni de sus dotes, ni de sus multitudes, ni de ninguna cosa que sea visible, a no ser que verdaderamente pueda depender el cielo de la tierra, la eternidad del tiempo, los ángeles de los hombres, los muertos de los vivos.

El mundo invisible, por el secreto poder y misericordia de Dios penetra en este mundo, y la Iglesia que se ve es justamente la parte del mismo por la cual él se acrecienta. Así, si bien las iglesias visibles de los Santos en este mundo se ven escasas y esparcidas aquí y allí, como islas en el mar, son las reales cimas de las eternas montañas, altas, vastas y profundamente enraizadas, a las que un diluvio cubre.

Ahora, tales pensamientos están tan alejados del ordinario punto de vista mundano de las cosas -que se mueve por lo que ve, no por fe, y que no admite la existencia de algo que ocurra más allá, sino sólo lo que se puede tocar y manejar- que es preciso insistir y extenderse sobre de esas realidades.

El mundo se sitúa *a si mismo* como medida de perfección y fuente de todo bien, y cuando las almas de los cristianos van de este mundo hasta el lugar de los espíritus, lo concibe como *su* pérdida, no como su ganancia. Al referirse a ellas se lamenta y usa términos de semi-compasión, medio despectivos, como si su propia presencia y sociedad fueran gran cosa. También se compadece de ellas, pensando que no llegan a ver el final de lo que empezaron o vieron empezar, que ignoran sobre la fortuna de sus amigos o de la Iglesia, que son impotentes sobre sus propios proyectos o son algo descuidadas con ellos, como si fueran imperceptibles y sólo sombras, y fantasmas en vez de substancias. Considera que los vivos somos los agentes reales en el curso de los hechos, y ellos sólo se ven unidos a nosotros como a una iglesia su patio, al cual conviene tener en cuenta, pero sin que sea apropiado detenerse allí.

Esta es su opinión sobre los que murieron, como si *nosotros* estuviéramos en la luz y *ellos* en la oscuridad, nosotros fuéramos poderosos e influyentes y ellos débiles, nosotros los vivos y ellos los muertos. Aún con la visión que el Evangelio nos abre, con el conocimiento de que el Único Espíritu de Cristo permanece siempre, y que quienes fueron hechos uno con El jamás han sido separados de El, y que quienes en El mueren están irrevocablemente entrelazados con El y unidos con El, ¿nos atreveremos a pensar frágilmente sobre estos miembros indefectibles de Cristo y vasos de la gloria futura?

¿Presumiremos de comparar esa gran asamblea de los elegidos, ya perfectos y en descanso, pesaremos en la balanza esa gloriosa Iglesia invisible, tan populosa en almas, tan pura del pecado, tan libre de pruebas, junto con nosotros, pobres luchadores contra la carne y el demonio, que sólo tenemos las arras, no la corona de la victoria, de quienes no están los nombres de tal modo escritos en el cielo que no puedan ser nuevamente borrados? ¿Dudaremos por un momento, aunque San Pablo haya sido martirizado hace tantas centurias, que él -que mientras tenía un cuerpo, se encontraba presente en Corinto en espíritu aunque estuviera en Efeso- esté todavía presente en la Iglesia, más ciertamente vivo que los llamados vivientes, más verdadera y soberanamente Apóstol, ahora sobre un trono, que cuando tenía batallas exteriores y lágrimas interiores, una espina en su carne y el martirio como perspectiva?

¿Seremos como infieles suponiendo que la Iglesia es únicamente lo que aparece ser, una pobre, desamparada, despreciada y humana institución, desdeñada por los opulentos, saqueada por los violentos, sobre-racionalizada por los sofistas patrocinada por los magnates, y, en cambio, no vamos a creer que se halla sirviendo en la presencia del Eterno Trono, al que rodean los "veinticuatro asientos, y sobre los asientos hay sentados veinticuatro ancianos, cubiertos con blanca vestidura y portando en su cabeza coronas de oro"?

¿Acaso tampoco vamos a reconocer vagamente en las alas de nuestras iglesias y a lo largo de nuestros claustros, alrededor de nuestras viejas tumbas y en los perdidos y desolados sitios -alguna vez considerados sagrados, no por una fría figuración poética, sino por la mirada creyente- el espíritu de nuestros padres y hermanos de todo tiempo, pasado y presente, cuyas obras han sido muy "conocidas" para Dios, y cuyas antiguas moradas siguen entre nosotros, prenda (según confiamos) de que El no nos abandonará enteramente y nos dará fin?

¿Puede algún ser mortal y terrenal, fuerza exterior o traición interior, la voz popular, voluntad alguna de hombre, algo en todo el universo, altura o profundidad, o cualquier otra creatura, puede algo de esto evitar el decreto de Dios, emitido por nuestros pecados, alejar a nuestros invisibles compañeros santos de nosotros, y nivelarnos con la hierba del campo? ¿Pueden todos los esfuerzos de los hijos de los hombres, sus exactas delimitaciones de nuestro orden exterior, su medición de nuestro territorio visible, su resumen de nuestra substancia, su disminución de nuestros derechos civiles, su previsión de nuestros protectores, pueden éstos circunscribir la Ciudad del Dios Viviente, o localizar el lugar del Edén y la Montaña de los Santos?

Pero aquí es posible preguntarse si tal fe en la permanente presencia de la Iglesia invisible entre nosotros -en ese Espíritu del cual todos creen que estará presente hasta el fin- no interfiere con nuestra consoladora seguridad de que ya está en el descanso. "Cristo (se puede decir) trabajó hasta ahora como su Padre trabajó, y los ángeles prevalecen en fuerza, mas la naturaleza humana, aún en sus más puros y más celestiales especímenes, es desigual a esta incesante vigilancia, y al morir se dice que quedó dormida: ¿por qué no dejamos para ésta una tan comfortable y graciosa herencia?"

Ahora, como sea que contestemos esta pregunta, lo cierto es -ya que tenemos la autoridad de San Pablo para decirlo- que al acercarnos a la Iglesia no nos aproximamos a Dios sólo, ni a Jesús el Mediador de la Nueva Alianza, ni a los innumerables ángeles, sino también, como él dice expresamente, a "los espíritus de los justos llevados a la perfección". Y al hablar así, evidentemente no habla ni de los Santos en la tierra ni de los Santos después de la resurrección, sino sólo de lo que él designa especialmente "los *espíritus* de los *justos*".

Ciertamente entonces, la Iglesia, en el juicio de San Pablo, está formada tanto por los muertos como por los vivos; y a pesar de estar presentes los muertos, no se sigue que no estén también en el descanso. Tal presencia en la Iglesia no implica labor o herramienta alguna, ninguna interferencia activa de quienes (se nos ha dicho) "descansan de sus labores". Pues, simplemente, aunque "viven en Dios" y poseen poder con El, no significa que *actúan* o son *concientes* de su poder. Esto es válido, por la misericordia de Dios, para los que se esfuerzan en la carne, los que rezan y predicán, obran la justicia y glorifican a Dios. Ellos tampoco ven ninguno de esos frutos, que no obstante se siguen. Noah, Daniel y Job ¿hubieran estado en una ciudad malvada, salvándola de la destrucción por su justicia, de saber lo que estaban habilitados para hacer? No tenemos una razón para afirmarlo, pues una cosa es hacer el bien y otra el verlo.

Por otra parte, puede ser muy cierto que en un sentido descansan y en otro sean promotores activos del bienestar de la Iglesia, como ser por la oración ; aunque no sabemos *cómo* son activos ni *cómo* están en reposo, o *cómo* pueden ambas a la vez. Se dice que Dios "descansó en el séptimo día de todo el trabajo que El había hecho", pero, sin embargo, que "trabajó hasta ahora". Seguramente, en El, que es eterno y todo-suficiente, se encuentra absoluta y perfectamente esa incomprensible unión de poder omnipotente con perpetuo reposo. Y lo que El es en plenitud, puede graciosamente conferirlo por grados y según a la capacidad de sus elegidos.

Si no son términos contradictorios que Dios pueda descansar y además trabajar, que el Hijo de Dios muera y también tenga una esencia eterna, que el Hijo del hombre estuviera en el cielo mientras hablaba con Nicodemo, puede no haber contradicción en que el alma del hombre pueda dormir en el estado intermedio y no obstante estar despierta. Lo que digo es que lo que Dios tiene infinitamente y por naturaleza, puede otorgarlo en parte a nosotros, y así puede ser verdad que aunque los Santos están "exaltados de gloria" y "se alegran desde su lecho", y están "los elogios de Dios en sus bocas", también al mismo tiempo "una espada de dos filos está en sus manos para ejecutar la venganza a las naciones, para castigar al pueblo, para sujetar con cadenas a sus reyes y a sus nobles con grillos de hierro, para aplicarles su venganza, como está escrito. ¡Tal honor tienen todos sus Santos!".

Finalmente, mientras pensamos de esta manera sobre la Iglesia invisible, estamos impedidos por muchas razones de semejantes invocaciones a sus miembros separados, como son desgraciadamente tan comunes en otros países cristianos. Primero, porque la práctica no era primitiva, sino una adición cuando el mundo fluyó dentro de la Iglesia. En siguiente lugar, se nos dice que recemos a Dios solamente, y la invocación puede fácilmente corromperse, volviéndose oración y entonces deviene idolátrica. Y aún debe considerarse que, aunque la Iglesia está representada en la Escritura como un canal de los dones de Dios para nosotros, no obstante es solamente como un cuerpo y sacramentalmente, no a modo de agente, ni en cada uno de sus miembros. San Pablo no afirma que nos hemos acercado a este o aquél santo, sino al conjunto, "a los espíritus de los justos que fueron llevados a perfección", uno a uno ellos han de someterse al Día del Juicio, mas en cuanto cuerpo son la Ciudad de Dios, Esposa Inmaculada del Cordero.

Permanezcamos, pues, en la porción en la que Dios nos ubicó, y agradezcámosle por lo que tan misericordiosa y providencialmente hizo por nosotros. El ha hecho bien todas las cosas, ni con exceso ni con defecto. No nos ha dicho que descuidemos a los fieles servidores de Cristo que han muerto, ni tampoco que les demos un honor indebido, sino que sólo pensemos en ellos, y no que les hablemos, que les tengamos aprecio, pero que únicamente en El pongamos la confianza. Sigamos su regla, ni excediéndonos ni faltando a nuestro deber, sino, según indica san Pablo, "usando" sus dones "sin abusar", no cesando en su uso -salvo que *debamos* abusar-sino absteniéndonos del abuso, mientras adherimos agradecidamente al uso.

Estos son pensamientos inspiradores para el cristiano solitario, desolado, difamado o despreciado, y le corresponden si por la acción y los hechos se asocia a esa Comunión que profesa. El que se asocia a la Iglesia de Dios, no meramente quien habla sobre ella o la defiende o la contempla, sino quien la ama. El ama la invisible compañía de los creyentes, el que ama a aquellos que son visibles. La prueba de nuestra unión con Cristo es el amor; la prueba del amor hacia Cristo y su Iglesia es amar a quienes El actualmente ve. "Quien no ama a su hermano a quien ha visto ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?" Así, entonces, para que seamos dignos de estar en comunión con los fieles de todos los tiempos y lugares, tengamos una debida

comuni3n con los de nuestro presente y nuestra propia cercan3a. Roguemos a Dios que nos ense3e en qu3 somos tan deficientes, y que nos libre de emplear palabras y cuidadosos pensamientos que nuestras acciones expongan para la vergüenza. Es algo muy f3cil pensar cosas refinadas que no tenemos derecho a decir.

Sintámonos tiernamente inclinados hacia todos los que Cristo hizo suyos por el Bautismo. Tengámosle simpat3a y dediquémosle pensamientos ben3volos, y seamos c3ldos de coraz3n, amables, y sencillos, y gentiles para con ellos, y discurremos sobre su bien, y oremos para su crecimiento en la fe y la felicidad. "No amemos de palabra ni con la lengua, sino con hechos y con verdad". Porque "Dios es amor" y si nos amamos unos a otros, "Dios habita en nosotros y su amor lleg3 a la perfecci3n en nosotros".